

Lección XVI

28 de abril de 1965

(Seminario cerrado)

Hoy estaremos un poco apretados por el tiempo. Me eximo entonces del preámbulo que generalmente hago en este seminario cerrado, para darle enseguida la palabra al doctor Durand de Bousingen, quien tiene algo interesante que comunicarles, en la línea de la obra de Leclair, sobre lo que ahora se llama, de manera decisiva, que pasó a nuestra conciencia común con el título de *Poordjeli*.

Robert Durand de Bousingen- Me gustaría titular el ensayo que les presento hoy, *De la intervención de la asociación fonemática en la estructuración del fantasma primitivo*.

En su intervención, Serge Leclair intentó precisar en su forma más condensada la fórmula donde se origina lo imaginario de Philippe. La secuencia “POOR (d) j'e-LI” parece en efecto lo más cerca del fantasma fundamental, constelación donde se recuerda, en la vivencia regresiva de Philippe, su relación del ser con el lenguaje, la voltereta en la percepción eternamente rechazada y retomada en la problemática del obsesivo, de la falta en ser del lenguaje. Es raro, dice Leclair, que se llegue en análisis a la confesión de esas fórmulas tan secretas. Muy a menudo, la investigación psicoanalítica se detiene en la frase “Lili, tengo sed”. Esta frase construida con las defensas de la gramática, sólo se halla en un nivel secundario, ya bastante elaborado, culminación de un trabajo de constitución fantasmática profundo que, no por quedar a menudo en la sombra de la verbalización analítica, implica que sea preverbal. En efecto, es Freud quien nos dice, en la carta número 79 a Fließ:

Confírmase cada vez más que el punto a través del cual irrumpe lo reprimido en la neurosis obsesiva es la representación verbal y no el concepto que de ella depende.ⁱ

Por lo que dijo más tarde, sabemos que ese hecho no se limita a la neurosis obsesiva. Si se examina la obra de Freud, particularmente en su dimensión autoanalítica donde se origina su experiencia, sorprende que el desciframiento freudiano se aplique prácticamente siempre a estructuras lingüísticas ya muy elaboradas, palabras, frases. Es precisamente en el nivel de la estructuración obsesiva del discurso que interviene el análisis freudiano. Numerosos ejemplos pueden encontrarse en la interpretación onírica, en la interpretación tan construida del discurso del Hombre de las ratas, donde intervienen no fonemas sino *Wortbrücke*, puentes de palabras, lo que muestra hasta qué punto su investigación se ubica frecuentemente como nominal. Esta percepción de la distorsión del discurso al nivel de la palabra es la que da a la obra de Freud esa marca de un genio del juego de palabras, donde sin embargo resulta ya obliterada la encarnación del deseo en el fonema original.

El trabajo de Leclair me llevó entonces a intentar articular por esta vía, buscando vincular en lo más profundo del discurso del sujeto, bajo el aspecto propiamente fonemático de lo formulado original, el destino de éste. De esta manera debería ser posible aproximar el

ⁱ Carta 79, del 22 de diciembre de 1897.

lenguaje fundamental del sujeto lo más posible del nivel primario, donde reina la identidad de las percepciones y donde juega el puro material sonoro, en su oposición fonemática, sucesión discontinua, alternada y escandida, de una cadena donde la asonancia, contigüidad y continuidad van a constituir el discurso del sujeto, introduciéndolo en el mundo del significante, de la demanda y del deseo.

Me gustaría plantear en este punto una primera pregunta introductoria. ¿Es posible señalar en el autoanálisis de Freud y particularmente en la *Traumdeutung*, algo que pueda hallarse lo más cerca de su fantasma fundamental? Esta me parece una tarea difícil, aunque intentada de manera brillante por algunos autores. Hay que acordarse aquí que el descubrimiento freudiano se hizo en el movimiento mismo de la resistencia a éste, y que el discurso articulado en el que se apoya Freud constantemente metaforiza precisamente en él la dimensión misma de la represión. No obstante, es posible volver a hallar una referencia fonemática en su obra, en un breve artículo titulado *El significado de la sucesión de las vocales*ⁱⁱ, *Gesammelte Werke*⁵⁵, vol. 8, p. 349. Freud señala aquí un mecanismo de distorsión que conduce a reemplazar un nombre por otro cuya sucesión de las diferentes vocales es similar, lo cual recuerda lo formulado original, tabú o reprimido.

Si “mi tesoro [*trésor chéri*]” constituye para Philippe la reminiscencia secundariamente sacralizada de la palabra materna, podrá manifestarse, en el “POOR (d) j'e-LI” permitido, a través de una sucesión de vocales idénticas:

trés	O	rch	É	r	I
p	OO	rdj	E	l	I

En esta corta nota, Freud privilegia de esta manera la vocal y su sucesión sonora. Sería interesante preguntarle a Leclair sobre la posible relación entre la sucesión de las vocales del “POOR (d) j'e-LI” y las del nombre de Philippe.

Pero la observación del pequeño Hans ¿no es uno de los únicos textos freudianos o uno de los más notables, donde pueda intentarse investigar en su proceso genético la estructuración del fantasma primitivo por asociación fonemática, en el lugar mismo de la formulación edípica transmitida por Freud en el material verbal original del niño? De hecho, Freud anota, al comienzo de la observación la importancia de la posibilidad de percatarse directamente en el niño de aquellas “*formaciones edificadas por el deseo*”ⁱⁱⁱ que en el adulto *exhumamos con tanto trabajo de sus enterramientos*”.

Señala igualmente en esta observación (*G. W.*, p. 256) la estructura de tipo auditivo puro del juego de prendas, y de esta manera privilegia una vez más lo escuchado por sobre lo visto, en la estructuración del fantasma en el niño. Nos dedicaremos entonces a un intento de enfoque de las asociaciones fonemáticas del pequeño Hans a todo lo largo de su observación y a través de su evolución. Por supuesto, se necesitaría elaborarlo a partir del texto alemán, y este ensayo nos mostró una vez más la catastrófica aproximación de la

ⁱⁱ *El valor de la secuencia de vocales* (1911), en Sigmund Freud Obras Completas, vol. 12, Buenos Aires, Amorrortu, traducción de José Etcheverry; y también: *El significado de la aliteración de las vocales*, Obras Completas, Tomo II, p. 1643, traducción de Luis López Ballesteros y de Torres.

ⁱⁱⁱ “*formaciones de deseo*” en la traducción de José Etcheverry. Bs. As., Amorrortu, Vol 10.

traducción francesa, que hace imposible toda aproximación lingüística desde el texto francés. Este trabajo especulativo sobre un texto intentará completar el análisis concreto y regresivo de la construcción de la fantasmática de Philippe.

El texto introduce la pregunta inaugural de Hans con la frase:

“*Mama, hast du auch einen Wiwimacher?*”, mamá, tienes tú también un *Wiwimacher*?

seguido de, hablando de la ubre de la vaca:

“*Aus dem Wiwimacher kommt Milch*”, sale leche de su *Wiwimacher*,

que viene inmediatamente antes de la amenaza de castración de la madre:

“*der schneidet dir den Wiwimacher ab*”, se te cortará el *Wiwimacher*,

que lleva a la respuesta de Hans, haré pipí con el popó. ¿Por qué traducir *tutu* y perder de esta manera toda posibilidad de análisis lingüístico?

Señalemos las palabras clave de esta secuencia tan densa: *Mama – Wiwi – Milch. Wiwi – Popo*, equivalencia de Hans en respuesta a la amenaza de castración de la madre. De hecho, Hans señala, hablando sobre *Wiwi – Popo*, que son los *Löwen*, leones, y las *Lokomotive* las que tienen *Wiwimacher*. Hans completa su investigación:

“*Papa, hast du auch einen Wiwimacher?* ”, papá, ¿tienes tú también un hace-pipí?

Por supuesto, responde el padre, introduciendo de esta manera a Hans en un mundo humano caracterizado por la atribución de un pene reivindicado también por la madre. De ahí entonces, papá-mamá = poseedores de un *Wiwimacher*.

Es notable que a partir de ese instante, Papá y Mamá se transformarán definitivamente, y hasta el final de la observación, en *Papi, Mami* y más tarde *Grossmami*. La apropiación que hacen los padres del pene queda marcada de esta manera por la contaminación de la I de *Wiwi*, al nivel de la denominación de las figuras parentales. Sólo quedarán alienados a la predominancia de la A los hijos Hans y Hanna. Entre todos sus amigos (*G. W.* p. 251-252), Franzl, Fritzl, Olga, Berta y Mariedl, será a Fritzl (una niña, dice él) y a Mariedl a quienes de hecho preferirá en adelante.

El nacimiento de Hanna completa las asociaciones de Hans, luego de la amenaza de castración de la madre:

“*Aus meinem Wiwimacher kommt kein Blut*”, mi *Wiwimacher* no sangra.

Esta asociación bastante ansiógena, relacionada con el parto de la madre y fuertemente reprimida, se manifestará más tarde con la introducción de series dominadas por el fonema U, sobre las que volveremos más tarde.

Interesémonos ahora en la palabra clave de la fobia: *Pferd*. Esta aparece primero, luego de la afirmación de la madre de que tiene un *Wiwimacher*, ahogada entre un conjunto de otros objetos animados e inanimados. El objeto fóbigeno escogido no es la jirafa o el elefante sino el *Pferd*, que se ordena en torno al fonema P. De esta manera, Hans vuelve a hallar, por asociaciones fonemáticas con *Papi*, el significante de la función paterna, y la simple elección fonemática permite apoyar la interpretación de Freud de la relación del caballo con la figura paterna. El rechazo de la madre a tocar el pene de Hans, estructurará, apelando a la

amenaza de castración, *schneiden*, otra serie fonemática cuya particularidad surgirá del hecho de ser directamente respuesta a la expresión materna que concierne a la demanda de Hans:

“*Es ist eine Schweinerei*”, es una porquería.

El primer sueño de angustia que precede a la fobia (*G. W.* p. 259) connota el miedo a que la madre se vaya, privando a Hans del *Schmeicheln*, las caricias, expresión original de Hans, puesto que se le explica en el texto. Aquí se ve la asociación por asonancia que puntúa el mismo contenido fantasmático que *schneiden*, asociación que constituye una respuesta fonemática a la amenaza de castración. El miedo a perder *schmeicheln* precede exactamente a la fobia propiamente dicha:

“*das mich ein Pferd beissen wird*”.

Toda esta serie, que se articula en torno a la amenaza materna, está puntuada por la serie fonemática: *schneiden*, *Schweinerei* (palabras de la madre), *Schmeicheln*, *beissen* (palabras de Hans), serie que se organiza en la modalidad fálica (*G. W.* p. 260). De esta manera, la angustia se traduce literalmente por las palabras, *schmeicheln* provocará *beissen*. De hecho, los caballos que muerden son los caballos *weiss*, blancos, completando así esta serie (*G. W.* p. 265).

En ningún momento el padre le significa a Hans la castración simbólica; éste sólo se atreve a decirle que las mujeres no tienen *Wiwimacher*, lo cual Hans no puede creer, y que son las mujeres las que hacen niños, dejándolo de esta manera pendiendo de su temor imaginario de la castración. Toda la observación mostrará hasta qué punto en esta investigación la palabra del padre seguirá siendo ansiosa y relativamente vana a este nivel, lo cual el niño significará finalmente:

“*Tú y yo, tenemos un pene pequeño, pero son las mujeres las que hacen a los niños*”.

¿No es esto lo que constituirá la falta definitiva de Hans?

Luego de la insistencia del padre en su interpretación forzada del caballo-padre castrador (*G. W.* p. 287-288) intervendrá la secuencia fonemática dominada por las U, y que puntúa la regresión anal de Hans. Es cuando está furioso, *Zurn*, que retiene sus *Lumpf* (288). Ese *Lumpf* aparecerá en el discurso respecto a los *Hose*, calzones de la madre, retomando la asociación anterior *Wiwi = Popo*, muy reprimida de la primera amenaza materna. El asco de Hans se expresará a través de una condensación entre la P y la U: *Pfui*. ¿Puede, en ese nivel fonemático, relacionarse esta serie regresiva con otro desconocimiento del padre, y también de Freud, de hecho, cuando propone la nominación de la fobia de Hans como una *Dummheit*? Recordemos que la *Blut*, la sangre, violentamente reprimida desde el comienzo de la observación, viene a puntualizar así la vivencia del parto de Hanna. Recordar esto confirma, cuando Hans retoma la historia de Fritzl (*G. W.* p. 293), quien ha *geblutet*, sangrado, unas líneas más abajo, revelando que ahí es donde él ha atrapado la *Dummheit*, la tontería.

Aparece de esta manera una extraordinaria constelación significativa en este punto en torno a la U, que recordaremos brevemente:

- La U de *Dummheit* puntúa el desconocimiento del padre y de Freud.

- La U de *Lumpf* puntúa el desconocimiento del padre con la regresión anal correlativa.
- La U de *Blut* puntúa la castración imaginaria vivida en la palabra de la madre.

Puede extraerse un nuevo hilo asociativo en la estructura fonemática, cuando (G. W. p. 302) el padre asemeja el *Lumpf* con los pelos púbicos de la madre, con su *Wiwimacher*. El padre de Hans notará entonces la transformación definitiva del *Lumpf* en *Lumpfi*, que restablece de esta manera, en la organización fonemática del significante anal, el pene materno que expresa la persistencia de Hans en el desconocimiento de la diferencia de los sexos. Ese mismo registro sobreentenderá el nombre imaginario de su hijo preferido, *Lodi*, que introduce de manera verosímil la serie de los *Saffalodi*, *Schokolodi*, etc., donde se significa con la asociación de las O, A, I, la aprehensión de la teoría anal del nacimiento, revelada por el padre de Hans, que constituirá la punta extrema del develamiento de la palabra.

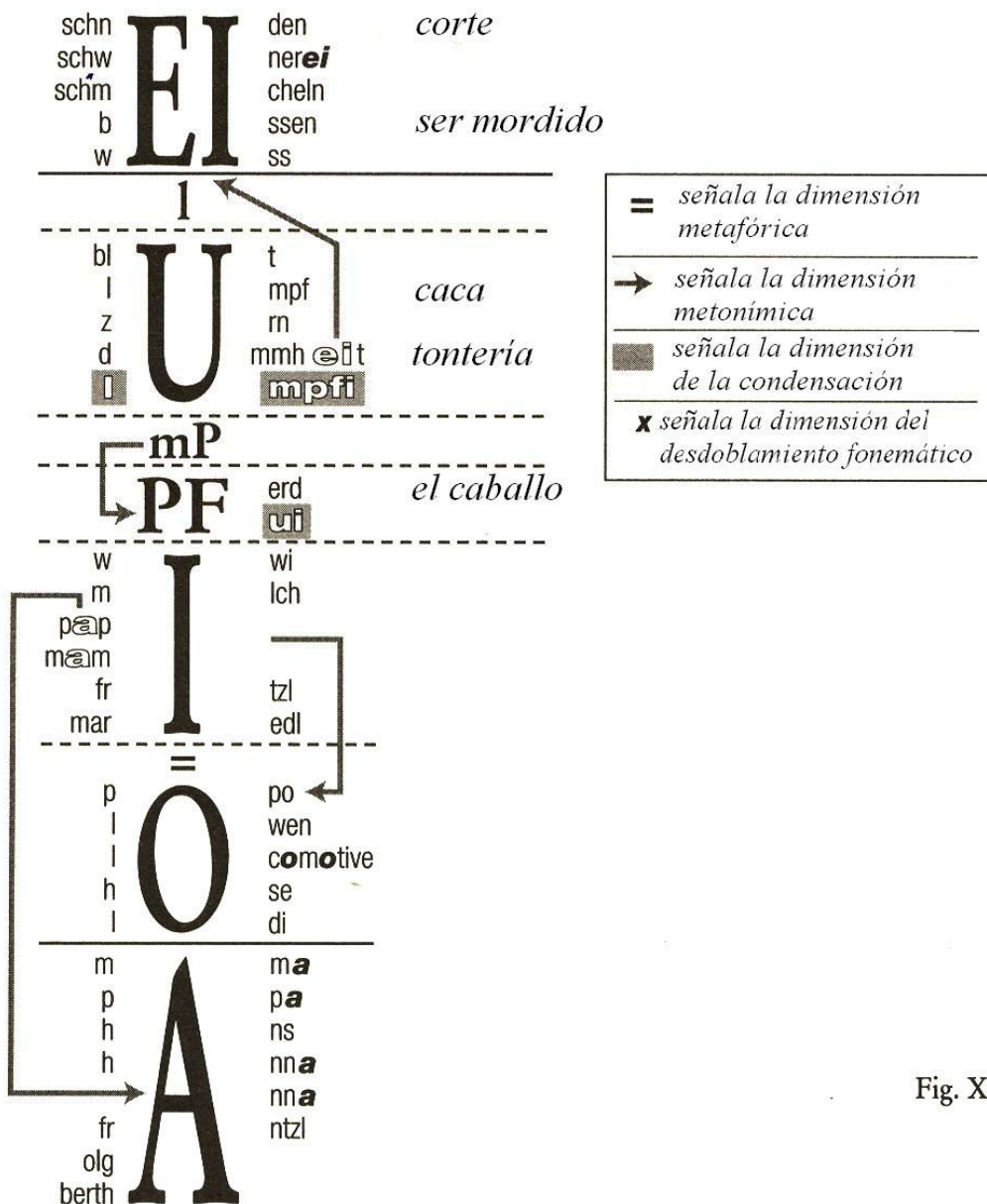


Fig. XVI-1

Así, cada letra parece puntuar, con su dominante fonemática, un sector de lo imaginario del sujeto y constituir su elemento vectorial y dinámico en la elaboración del discurso de éste.

- La letra I puntúa lo que podría llamarse el atributo del pene, donde Hans manifiesta su esfuerzo por atribuírselo a los padres, intentando así sobrepasar en lo imaginario la forclusión de su relación con el falo en la palabra del padre.
- La O emplaza la regresión anal de Hans combinada con la U de *Blut* castrador que promoverá el *Lumpf*.
- En torno a la P girará la problemática paterna de la observación.
- La A atraerá a los humanos sin pene, Hanna, Hans, respecto a quienes lo poseen, *Vatti*, *Mammi*.

Esos elementos fonemáticos, artificialmente aislados en este punto de nuestra investigación, seguirán en la elaboración de la palabra [*mot*] los mecanismos fundamentales de los procesos primarios. La fijeza de su estructura se recordará en los desdoblamientos fonemáticos, significantes repetitivos de lo reprimido en el discurso. Ese desdoblamiento, de extrema importancia, sólo puede ser indicado aquí, *SchwEinerEI*, *PAPa*, *MAMa*, *HANNA*, *POPo*, etc. A nuestro nivel, podría constituir una forma específica de la función de redundancia descrita por Roman Jakobson. Al mismo tiempo, el desplazamiento-sustitución y la condensación, testigos de la intercambiabilidad de los elementos, culminarán en una organización cada vez más compleja. Aquí, la metáfora mayor parece ser la asimilación de la I y de la O sobre la que ya habíamos insistido. La condensación producirá las figuras complejas de las palabras clave de la observación. *Lumpf* condensa la U y el PF, *Pferd* da *Pfui* agregando la I en la negación del deseo, etc.

Cuando el discurso culmina en su forma elaborada adulta quedará definitivamente fijada, en la palabra y la frase, la estructura inconsciente, huella perdida de la comunicación, que pasa bajo la ley alienante esencialmente diacrónica del discurso común. Pero el constante empuje del deseo primario conducirá a reiterar la demanda y a extender su campo de llamado. De esta manera, las cadenas metonímicas que culminarán en las articulaciones preconscientes de las demandas, van a portar consigo en adelante esos significantes fonemáticos electivos y primitivos que han connotado el paso del sujeto por los estadios clásicos de las pulsiones orales y anales.

El tipo de interpretación significativa de Freud se plantea, respecto a este intento de aprehensión del discurso, en el nivel fonemático, dirigiéndose esencialmente a las conexiones de palabras. Es la asonancia de la palabra la que introduce un significante nominal, el nuevo *Wort*. *Wegen dem Pferd* se vuelve *wägen*, lo cual explica la fobia a los coches (*G. W.* p.293); *Bohrer* remite a *geboren*. Hasta Freud subraya en nota al pie (*G. W.* p. 294), respecto a la insistencia del padre sobre la explicación del *Wegen dem Pferd*, que lo único por descubrir es la conexión de palabra, *Wortanknüpfung*, que al padre le escapa.

Ahora hay que parar para interrogarlos, si es posible. No habrán dejado ustedes de notar que tal posición metodológica remite más al alogicismo del proceso primario que a la lógica de lo consciente, aun cuando las necesidades de la comunicación oral y mi tendencia racionalizante hayan podido velar el centelleo ubicuo y la titilante y efímera combinatoria de la inconsciente resonancia fonemática. ¿Puede tal enfoque aportar nuevas luces a la comprensión de la constitución del discurso, en el niño, o de su regresión estructural,

particularmente en el psicótico? Los trabajos de Winnicott¹⁵⁹ en el niño [*La psychanalyse*, V, 21-41], que se encarna en el fonema, o los de Perrier [*Évolution Psychiatrique*, 1958, II, 421-444], donde la regresión esquizofrénica del lenguaje de su paciente alcanza la dimensión fonemática a través de sus ejercicios de solfeo, petrificación sonora o mecánica de su deseo, serían ilustrativas a este respecto.

Volviendo a Juanito, podría mostrarse con numerosos ejemplos cómo la aprehensión de esta dimensión fonemática permite volver a hallar las interpretaciones de Freud. Éste interpreta la figura del caballo que arma jaleo como un miedo y un anhelo de la castración del padre. En alemán, esta secuencia responde al *Pferd* que *beisst*, castigo de la mordedura que remite a la culpabilidad de las *Schweinereien*, cochinadas de Hans, y al *Pferd* que arma *Krawall*, jaleo, manifestando de esta manera su paso a la dimensión de los A, individuos sin pene y sin potencia. El *Krawall*, término inventado por Hans, está entonces marcado por la castración imaginaria. El A se reúne aquí con el EI de *beissen*. El discurso de Hans responde aquí, no a la letra sino al fonema, a lo que Freud nos dice sobre su miedo al padre y por su padre.

De manera aún más imprudente, la audacia sólo sonrío a lo inconsciente, acerquémonos con nuestra fragilísima clave a la *Traumdeutung*. Ante todo señalaremos algunas líneas fundamentales, aunque disimuladas al comienzo del capítulo VII (*G. W.*, II-III, p. 530) que trata sobre el olvido en los sueños:

“En los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras; de ahí arranca una madeja de pensamientos [...]; es el ombligo del sueño, el lugar que se vincula con lo no reconocido^{iv}, die Stelle anderer dem Unerkannten aufsitze. Los pensamientos oníricos [...] desbordan en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestros pensamientos. Desde el lugar más denso, aus einer dichteren Stelle, de ese tejido, surge el deseo del sueño como el hongo de su micelio.”

Ese verdadero lugar de lo inconsciente, lugar de lo reprimido primario, de donde surge el deseo, ¿no podría estar relacionado con un predominio fonemático? Proposición que querríamos afianzar con una referencia al sueño Marburg-Hollthurn (*G.W.*, II-III, pp. 438-523). Toda la dinámica de ese sueño se expresa en el paso de la A de *Marburg*, enfermo, *Matter*, materia, a la O de *Hollthurn*, *Holothurien*, *Molière*, *motion of the bowels*. Su significación es tan burdamente injuriosa y escatológica, que Freud sólo puede indicar su sentido, resultante de la psicología anal. Es en ese mismo sueño donde, por haber introducido un RE (R) inglés donde no convenía, los pensamientos de Freud se ven llevados a la escena infantil de carácter incestuoso en que él fue expulsado por una palabra enérgica del padre, *ein Machtwort*, literalmente una palabra de poder o de autoridad, ¡que tal vez fue sencillamente fuerte!

Lo que Freud nos dirá sobre la incorrección gramatical que asemeja *from* con *fromm*, piadoso en alemán, y de su relación con la impiedad ante la persona sagrada del padre ¿no está ya contenido en la dinámica que introduce el fonema O en esas dos palabras?

^{iv} “lo no conocido” en la traducción al español de José Etcheverry, p. 519, Amorrortu, Vol. V; “lo desconocido” en la traducción de Luis López Ballesteros y de Torres, T. 1, p. 666, Madrid, Biblioteca Nueva, 4ª edición, 1985.

Subrayemos que aquí, el significante literal mayor puntuado por Freud, paso de la A a la O, se confunde muy exactamente con su dimensión fonemática.

Yendo ahora al extremo ¿será posible aislar estructuras fonemáticas significantes, al nivel mismo de la constitución de la palabra, apelando de esta manera a referencias fonéticas? ¿No podría haber allí afinidades estructurales elementales entre ciertos fonemas, átomos simbólicos dijo Sapir¹⁴¹, y la expresión remanente y repetitiva del nivel primario, por ejemplo, a partir del comentario de que la negación se expresa, en un enorme número de lenguas, con elementos muy a menudo monosilábicos de articulación nasal? La teoría de Jespersen⁷⁰ indica por ejemplo, la tendencia de los sonidos a agruparse según su grado de sonoridad, grado de apertura en la constitución de las sílabas de Ferdinand de Saussure. Las numerosas excepciones al esquema de Jespersen ¿no serían altamente significativas, desde el punto de vista de la estructuración semántica, del fantasma original, constituyendo una singularidad exquisita del sujeto?

En este punto convendría, lo sienten ustedes bien, retomar este ensayo a la luz de los trabajos de la lingüística estructural, buscando también ahí, como lo dice Roman Jakobson, “analizar sistemáticamente los sonidos de la palabra a la luz del sentido, y el sentido mismo refiriéndose a su forma fónica”⁶⁸. Es en esta arista existencial, que vincula indisolublemente la fonética con la semántica, retomando en este nivel la última intervención de Leclair, que se encarna el deseo en la intersección de dos campos: en la articulación del sonido y del sentido. Si los fonemas sólo son pura alteridad, son asimismo el producto de un sujeto en movimiento motor, acústico o auditivo, que emite o recibe rasgos distintivos a partir de la materia sonora bruta. La corporeidad del significante ¿no es entonces precisamente el sonido recibido en su modulación material, emitido en un funcionamiento dinámico del órgano vocal, recibido por una masa corporal más o menos sosegada? La búsqueda del dominio gestual del obsesivo ¿no es, al nivel del lenguaje, ese esfuerzo dramático por enlazar éste a su corporeidad fundamental, que le disimula constantemente la fuga metonímica de su deseo, tanto menos soportable cuanto que no puede encarnarse en ninguna parte?

Leclair subrayó muy finamente ese momento en que el fantasma primitivo de Philippe realiza esa aproximación de la corporeidad originaria con ese júbilo de tipo enrollarse-desplegarse eternamente recomenzado, momento existencial puntiforme en que el verbo se encarna verdaderamente en lo más profundo de la experiencia corporal. Lenguaje del cuerpo, es cierto, pero sobre todo lenguaje con un cuerpo estático y cinético, receptor y emisor de una línea temporal y melódica, a través del placer jaculatorio de un cuerpo por fin significativo. Aquí, Philippe parece hallarse lo más cerca de un representante de esta repetición circular de las cadenas inconscientes primitivas, forma original de la demanda, pero donde el reencuentro de la dimensión del ser lo pondrá en la vía de poder asumir la pérdida, efecto de la instalación del significante.

Entonces, en la percepción de la barra que separa la ley fonética de la ley semántica al mismo tiempo que las liga indisolublemente, me inclinaría a ver un momento privilegiado en que se introduce para el sujeto, en la experiencia auditiva vivida, la percepción del fundamento mismo del descubrimiento analítico, el sentido del sentido; más claramente: de la estructura del significante. Estaríamos aquí lo más cerca de la ruptura vivida entre lo fonético y lo semántico, experiencia que se constituye en una misteriosa dehiscencia del campo auditivo y vocal, que introduce al sujeto a la proximidad de la significancia de su

discurso, conduciéndolo así en su experiencia subjetiva misma del acto de la palabra, a esa connotación de la antinomia de la que hablaba Leclaire.

El advenimiento al sentido del sonido conducirá al sujeto a poder ubicar su discurso en el nivel de su imagen especular por fin situada y reconocida. El sentido hueco de la demanda, hiancia radical hasta entonces angustiante, podrá anclarse en el cuerpo del sujeto por fin reconocido y permitirle pasar de la palabra vacía a la palabra plena. Me parece que es de ahí de donde la comunicación de un fantasma primitivo como el de Philippe, en análisis, extrae su valor inaugural para el sujeto. El hecho de que la aprehensión de tal nivel sea rara en el análisis del obsesivo, sólo nos recuerda lo que sabemos sobre las dificultades de su cura. Esta dimensión fonemática, siempre residual ¿no constituirá para el sujeto el llamamiento de lo inconsciente mismo, referencia a la identidad de las percepciones del nivel primario, que perfora al nivel de una diferencia exquisita, que rompe el hilo del discurso, y que a veces percibirá el paciente o el psicoanalista?

Se plantea por último el asunto de saber cómo evitar, en ese nivel de estudio fonemático, una distorsión junguiana, precisando bien la estructura de una eventual prematuración fonética en la articulación del significante con el primer discurso del sujeto.

Pueden ver que reintroduje (¿acaso no hay que reintroducirla siempre?) la pregunta por el estatuto topológico de la dimensión fonemática en el campo del análisis. ¿No nos lleva el fonema, como dice Lacan, lo más cerca de las fuentes subjetivas de la función simbólica [*La psychanalyse*, I, p. 29]?⁸⁰

Es en el *fort-da*, OH de la ausencia, AH de la presencia, en una pareja simbólica de dos jaculaciones elementales, donde el objeto se ensarta y pica el anzuelo.

Así el símbolo se manifiesta en primer lugar como asesinato de la cosa, y esta muerte constituye en el sujeto la eternización de su deseo. (J. Lacan, *La psychanalyse*, I, p. 123).

Por qué no concluir ahora, como lo hacía Jacques Lacan en su informe de Roma, apelando a la palabra de los dioses hindúes: Da... Da... Da...

Jacques Lacan- El deseo de que nuestra reunión de hoy cumpla con el programa que me propuse, a saber, introducir una nueva orientación en nuestro trabajo del seminario cerrado con el texto que la señora Aulagnier les presentará, ese deseo hará que sólo podré responder brevemente a este trabajo cuyo interés pienso que no les ha pasado inadvertido. Quiero decir que, a fin de cuentas, es un trabajo bastante inaugural, aunque suceda al de Leclaire, en un cierto campo de exploración en que resulta ser, por lo menos, una investigación posible, aún cuando tal vez no esté aún situada suficientemente.

Sin embargo, pienso que en mi último curso señalé yo mismo el punto preciso de la topología donde hay que concebir que se inscribe la fórmula del tipo “POOR (d) J’e-LI”. Entonces, no avanzaré por el momento en ninguna articulación elaborada, desde el punto de vista dogmático, sobre la situación propiamente hablando de esta vena de investigación que acaba de ilustrarles de manera brillante Durand de Bousingen. No obstante, no puedo no señalar, aunque sea de la manera más corta y más alusiva, los puntos donde parece que esta investigación muestra una dirección por desarrollar. Quiero simplemente... simplemente hacerles notar, allí donde él introduce el diptongo EI de *schneiden*, *schweinerei*,

schmeicheln y *beissen*, ¿cuál es ese sonido peculiar de la *sh* estrechamente asociado con todas las formas sibilantes, es decir, de consonantes, particularmente en sus dos especies, fricativas y sibilantes, *schneiden*, *schweineri*, *beissen* y *weiss* y muchas otras? Lo único que hago aquí es señalar lo importante para lo que sigue.

Asimismo, asociada con la vocalización U, en el momento en que aparece, podrán ustedes (U, que es una labial), allí ven asociadas igualmente las consonantes labiales, particularmente la L de *Lumpf* mismo, el PF de *Pferd* y la labial. Esto es igualmente importante de señalar; subrayo su importancia. Aunque con gusto lo discutiría, tal vez yo no le daría exactamente la misma interpretación que él le da, a saber, de representante en suma del objeto fálico, si entendí bien, que él le da a la intrusión de la I en las series fonemáticas que él subrayó. Pero esto sería tema de una discusión particular.

También ahí, tal vez con el objetivo de alertar a quienes sólo estarían advertidos a medias (yo no sé si Durand de Bousingen se hace ilusiones al respecto, habría podido engendrarlo), quisiera hacerle notar que la interpretación de la afinidad fonética de las vocales en Jespersen y en Jakobson es estrictamente opuesta en una y otra, a saber, que allí donde en Jespersen hay escala de sonoridades, el análisis de Jakobson procede tal como lo fundó definitivamente de manera admirable en su método, [...] *Preliminaris* que seguramente ustedes conocen, procede por *distinctive features*, rasgos distintivos, y particularmente que la A se opondría aquí a las demás vocales como lo compacto a lo difuso, al intervenir en esta ocasión otros rasgos distintivos.

Pienso que esto le ha aportado a quienes supieron tomar notas un cierto número de materia para preguntas. Esas preguntas me podrán ser dirigidas en diversos contextos, pero para quienes sólo pueden contactarme aquí, ruego que las personas que tengan algo que agregar en la línea de tal trabajo, me lo hagan llegar directamente a mí mismo, porque no considero que la línea, el debate, la vena abierta por este trabajo de Leclair, esté por ello cerrado; tenemos tiempo, de aquí a final de año, para volver sobre él.

Esto me da también la oportunidad de disculparme ante las personas que me comunicaron dos textos muy interesantes, uno es el de René Major que daba respuesta muy especialmente tal vez al hecho de la torsión o de la objeción que pudo producirle, la última vez, Safouan. Lamento no poder hacer presentar hoy ese trabajo de René Major, pero tampoco me causa gran remordimiento, puesto que pienso también que tendremos la oportunidad de hacerlo volver aquí por otro sesgo. En efecto, en su respuesta nos da un resumen muy elegante de lo que Stein evidenció en su seminario sobre *Tótem y tabú*¹⁴⁹, particularmente respecto al parentesco, la afinidad, hasta la sobreposición de la barrera del incesto con la barrera que separa lo inconsciente de lo preconscious. Es una cuestión inmensa, y no hay que lamentar que se la deje hoy abierta sin que podamos debatirla más precisamente.

No obstante, quiero simplemente desde ahora tomar una posición estrictamente idéntica a la que tomé la vez pasada en el momento de la intervención de Safouan. Se trata de la pertinencia del comentario, al cual no creo que Major responda (una vez hice una primera lectura del texto de Major), comentario de Safouan que me parece muy pertinente, según el cual es en la medida en que nos acercamos a esta barrera del incesto, que la otra barrera, la que está entre lo inconsciente y lo preconscious, resulta regularmente, en fin, en la experiencia, resulta franqueada, y se produce el retorno de lo reprimido. Esto indica por lo

menos que si las barreras pueden colindar o cruzarse en alguna parte, no funcionan en el mismo sentido. Pero, repito, esto es sencillamente algo que señalamos; indicación para el porvenir.

La segunda persona con la que quiero disculparme es Béatrice Markowitch, quien nos hizo un comentario muy notable que resulta confirmarnos así, luego del de Francine Markowitch, que quienes manifiestan la mayor sensibilidad en este campo que es el nuestro aquí, y que yo intento hacer aprehender, no necesariamente son los técnicos.

Por supuesto, a este respecto no quiero dejar de mencionar que el trabajo de Leclair, que nos ha interesado de la más candente manera, es un trabajo ya antiguo y que, si de algo puedo regocijarme es, a saber, de ver que en últimas, surgiendo desde cierto punto de mi enseñanza, pueden producirse otros, otros trabajos. Evidentemente, sólo puedo deplorar el tiempo de latencia que tal vez una organización, durante algunos años, que no es otra que la de la Sociedad a la que todos pertenecemos, debe tener en alguna parte, en ese retraso del surgimiento de trabajos que, ya que aquí se ha hecho uso de su término, de trabajos lacanianos...

Entonces, le doy la palabra, sobre un tema que señala un tiempo, a saber, que no debemos reducirnos a trabajos que datan de hace ocho años, que convendría aquí... Era un poco el objetivo del comentario de Safouan, en su forma de llamado un tanto agresivo: que hay cosas que aún no se han remachado diez mil veces y que son también muy interesantes.

Es de este tipo de trabajo lo que va a plantear la señora Aulagnier, a quien le doy ahora la palabra.

Piera Aulagnier-

LA ESPECIFICIDAD DE UNA DEMANDA O LA PRIMERA SESIÓN

Quien pretenda aprender por los libros el noble juego del ajedrez, pronto advertirá que sólo las aperturas y los finales consienten una exposición sistemática y exhaustiva, en tanto que la rehúsa la infinita variedad de las movidas que siguen a las de apertura. [Trabajos sobre técnica psicoanalítica (1911-1915 [1914]: Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I), Sigmund Freud].

Impresiona como una mente clara, perspicaz. Al preguntarle yo qué lo movió a situar en el primer plano las noticias sobre su vida sexual, responde que es aquello que él sabe sobre mis doctrinas. No ha leído nada de mis escritos, salvo que hojeando un libro mío halló el esclarecimiento de unos raros enlaces de palabras; y tanto le hicieron acordar estos a sus propios «trabajos de pensamiento» con sus ideas que se resolvió a confiarse a mí. [...] Se haría extender por un médico un certificado según el cual necesitaba, para restablecerse, de ese acto que meditaba con el teniente primero A., y este se dejaría mover por el certificado a aceptarle las 3,80 coronas. El azar de haberle caído por entonces en las manos un libro mío guió hacia mí su elección. Pero conmigo no se podía ni hablar de aquel certificado. (El hombre de las ratas).

Entre el momento en que el Hombre de las ratas decide ir a ver a un médico para pedirle un certificado, aunque también habría podido ir a pedirle un medicamento o un consejo, poco importa, y aquél en que se presenta ante Freud, algo ha llegado a cambiar radicalmente el

objeto de su demanda; el azar lo lleva a encontrar un libro de Freud y ese libro decidirá de su elección.

Lo que viene a pedirle a Freud es que éste haga funcionar su saber para que al sin sentido del síntoma se sustituya una palabra que retransforme sus “elucubraciones cogitativas”^v en discurso; lo que él sabe sobre ese saber es que tiene que ver con la vida sexual, o sea, con el deseo. Es en ese momento preciso en que el sujeto acepta lo que yo llamaría la hipótesis (y la hipoteca) de lo inconsciente, que hay permutación del objeto de la demanda y que se inaugura la transferencia.

Lo que quisiera demostrar con esta exposición es que hay, desde la primera sesión, una instalación original de lo que llamaría “el discurso transferencial y la economía que lo rige”. Para hacerlo, intentaré despejar los puntos siguientes:

1. Las maniobras del comienzo encuentran su origen previamente al encuentro; ese primer tiempo ha moldeado de manera privilegiada el deseo del analista pero también la demanda del sujeto. La relación analítica no puede concebirse como desarrollándose entre un sujeto virgen de todo saber y otro único supuesto saber.
2. En la cura, el sujeto, diga lo que diga, o no diga, siempre está presente como único discurso; sujeto-objeto de la palabra, ya sea que él hable o que eso hable, lo que se vuelve objeto de análisis es la palabra tomada como objeto. El analista, ya sea que interprete o que sólo sea escucha, hace parte integrante de ese discurso. En este registro y sólo en éste, se actualiza lo que comúnmente se llama un fantasma de fusión.
3. Si es cierto que la técnica analítica sólo es posible a partir de una noción articulada del sujeto, esta articulación nos lo designa como ser de palabra que llega, a través de su decir, a convertirse en bisagra y develamiento entre registro de la demanda y registro del deseo.
4. Si, al nivel de la demanda, tenemos el derecho de hablar de evolución histórica o temporal y, en lo que concierne a la dinámica de la cura, de regresión de la demanda, al nivel del deseo sólo podemos reconocer la irreductibilidad y la perennidad de su mira así como del fantasma que lo soporta.

Esto introduce el estatuto que daré del fantasma. Viene a sustituir una falta de sentido que ha aparecido al decir el sentido fantasmático que se le otorga *a posteriori* a un malentendido primero, que intenta de esta manera enlazar lo irreductible de un “no sabido” con la demanda de saber que sostiene todo discurso.

Postular que la especificidad del encuentro analítico constituye, para el sujeto, una experiencia inaugural que no puede dejar reducirse a una pura repetición, implica volver a interrogar los conceptos de transferencia y de fantasma en sus acepciones más clásicas. En los límites de esta exposición, no sólo puede ser cuestión de ofrecer una ilustración exhaustiva del sentido de esos términos, sino de demostrar que el origen de la transferencia es ante todo transferencia del objeto de la demanda y que esta primera permutación será la que acarree seguidamente el atributo transferencial en sentido amplio. Existe una

^v “trabajos de pensamiento” y “elaboración mental” en las traducciones de José Etcheverry y Luis López Ballesteros, respectivamente.

instalación tópica y económica que precede la evolución dinámica y que es la única que puede explicarnos su mecanismo.

En lo que concierne al fantasma quisiera evidenciar a dónde apunta el deseo que éste escenifica como telón de fondo de todo el devenir de la cura, pantalla sobre la cual llegarán a proyectarse los objetos trampa del deseo. Entre esos objetos, sea que se los nombre objeto de la pulsión, objeto de la demanda u objeto del placer, poco importa, hay dos que tienen un papel privilegiado y que se mantendrán a todo lo largo de la existencia del sujeto como soporte de su demanda y de su fantasma: son la mirada y la voz, voz a través de la cual se ha formulado el primer llamado y lo primero escuchado que se hizo respuesta, mirada que es la primera que le ha dado al sujeto su estatuto de objeto de mirada y objeto de deseo, valga decir, lo que sostiene y escapa a todo discurso pero cuya omnipresencia se halla en el centro del mito infantil. La captación del objeto es, en su origen, tanto sonora como visual. La angustia, que para el niño surge en lo oscuro, recuerda el apólogo que hace algunos años nos propuso Lacan sobre la mantis religiosa; lo que la crea no es la ausencia de la mirada sino el hecho de que el sujeto, de repente, ya no ve lo-que-es-mirado, desapareciendo como objeto de su propia mirada, referencia alienante, sin duda, pero necesaria para fijar el deseo del otro; lo que le aparece entonces es ese deseo en todo su enigma.

Palabra y escucha, mirada y objeto de mirada, ahí tenemos el origen de lo que, en toda relación, en la medida en que compromete dos deseos, se vuelve añagaza de una unidad mítica que apunta a hacer que el objeto de la demanda sea apto para el deseo. Esta primera relación madre-hijo, boca-seno, que encontramos en el linde de toda teorización analítica, mito de una fusión entre el sujeto y el Otro donde tendría su origen la angustia de castración y la herida narcisista, es, diría yo, la respuesta de la realidad a un llamado y a una mirada que siempre han sido demanda de otra cosa.

Lo fantasmático no es esta respuesta en cuanto tal sino la distancia que revela entre toda respuesta y lo formulado del llamado como lo informable de la mirada. Esta distancia se mantendrá desde el primero hasta el último día de la existencia; ese vacío es el que viene a llenar el fantasma; éste intenta soldar un significado con un significante, la apelación, la nominación que es el sujeto en el discurso del Otro a imagen de lo que llega a hacer del sujeto el objeto de deseo. Si puede decirse que el sujeto está en cada secuencia, en cada lugar de su fantasma, así como en el sueño, es justamente en la medida en que en el fantasma él se hace conjuntamente mirada y objeto de la mirada, enunciado y sujeto del enunciado. Si hay un fantasma fundamental que sostiene la dinámica de la cura, es en la medida en que en todo fantasma está presente la dimensión de la escucha y de la mirada, aquella que designa efectivamente, en la realidad analítica, en esta otra escena donde se desarrolla el análisis, el lugar del analista.

Fantasma del retorno al vientre materno, de retorno al seno, fantasma de nacimiento o fantasma de seducción, no importa, independientemente de su textura, el fantasma es siempre puesta en escena de una respuesta que enlaza el "¿qué quiere él?" de quien habla con el "¿quién soy?" de aquel a quien se dirige. Lo que cambia no es la respuesta que da su fantasma sino el tiempo de surgimiento de la demanda que modifica su objeto, ese fragmento de realidad que, al hacerse objeto de placer, llega a revelar al sujeto lo que está más allá de su principio.

Si hay razones para decir que lo propio de la cura es poner en juego la regresión tópica, es en la medida en que el analizado siempre opondrá a lo que yo llamaría la realidad de la cura una respuesta fantasmática idéntica y porque el analista viene a situarse en ese lugar de la escucha y de la mirada que hace parte de la textura propia del fantasma. Si se quiere hablar de regresión narcisista, hay que volver a pensar entonces cuál es la relación del narcisismo con la falta cuya negación pretende ser. El objeto narcisista, es uno mirado por el Otro; lo que el narcisismo quiere negar es que pueda existir en el deseo del otro una respuesta diferente a la que hace del sujeto el objeto único de ese deseo; él pretende ser la negación de lo irreductible de ese deseo así como de esa falta que lo sostiene.

Todo lo que concierne a una instauración de la situación analítica (que, por lo demás, es de la única que estamos autorizados a hablar), nos remite entonces a ese doble registro de la demanda y del deseo. Lo propio del análisis es hacer coincidir lo que se constituye en su objeto con lo que está en el centro de nuestra praxis: el objeto analítico.

Todo análisis comienza por una demanda de análisis que se dirige a aquel que efectivamente tiene el poder de responder ahí: el analista. El objeto de esta demanda hace del encuentro analítico una relación que no puede superponerse a ninguna otra. La demanda del Hombre de las ratas apuntaba, en su origen, a un certificado; esto era lo que quería obtener del médico, certificado que habría venido, puede decirse, a darle al síntoma estatuto de objeto médico, medio de cura sin duda ilusorio pero nada nos afirma que habría sido ineficaz; todos sabemos hasta qué punto la más inesperada prescripción o la más anodina puede bastar en ocasiones para poner sordina a lo que concierne a la sintomatología. El Hombre de las ratas no ignoraba de ninguna manera lo absurdo, lo ilógico de sus obsesiones, la demanda de certificado sólo podía ser un mal negocio pactado entre él y el otro. "Tome mi síntoma a cuenta suya, autentifíquelo con su sello y de esta manera yo podré dejárselo como objeto rehén"; ese era el sentido de su proceder así como de todo proceder médico de ese tipo; es en ese sentido que el objeto de la demanda estaba falseado desde el comienzo.

Pero cuando, en efecto, viene a ver a Freud, "pondrá en primer plano los datos relativos a su vida sexual" puesto que "eso es lo que él conoce de la doctrina"; lo que pedirá ya no es un certificado que anularía el síntoma sino el sentido de sus "elucubraciones cogitativas". De esta manera se abre paso la demanda que se dirige específicamente a Freud-analista; Freud vendrá a responder a ésta.

Pienso que toda demanda de análisis se arraiga en ese punto preciso del discurso donde, en esta historia hablada que es la suya, le aparece al sujeto una falta de sentido; mientras el sujeto no choque con el no sentido y con lo no sabido, no puede haber aquí demanda que nosotros podamos recibir. En cambio, en ese momento, no pienso que tengamos derecho a hablar de falsa demanda puesto que lo que se pide es ese recurso a otro sentido que sería, y es, en efecto, el objeto de nuestro saber. A través de esta permutación tiene lugar, para el sujeto, una especie de adecuación entre el objeto de la demanda y el objeto de la respuesta. Yo diría que esta adecuación misma es la que se convertirá en develamiento de la inadecuación fundamental de todo objeto respecto al del deseo. A partir del momento en que el deseo de curar se enuncia como deseo de saber, estamos en el registro de la transferencia, la relación analítica está implicada aquí desde su comienzo a través de esta demanda transferencial primera que se mantendrá a todo lo largo de la cura. El "yo no sé" remite a la dimensión de lo inconsciente, cuya existencia el sujeto ha aceptado postular *a*

priori, postulado cargado de consecuencias cuya importancia para el ser del sujeto se subestima a menudo.

Desde ese momento, el analista se supone ser el único que posee lo no sabido, la falta de sentido del discurso. El "yo no sé" se volverá a formular como "dígame lo que sabe"; desde ese momento, la demanda del sujeto se vuelve soporte de su transferencia; el objeto faltante al que apunta la demanda es localizado definitivamente en el Otro; lo que vendrá a hacer presente para el sujeto el *a* (signo algebraico que viene a indicar, como nos lo recordaba últimamente Lacan, no una naturaleza particular que sería propia del objeto parcial sino la homología de posición de todo objeto parcial en sus relaciones con la demanda y con el deseo) es la palabra del analista.

Esta primera maniobra del juego es la consecuencia de lo que preexiste a la entrada en análisis; su fruto será su especificidad y la originalidad de la relación que se creará entre el sujeto de la palabra y la palabra tomada como objeto. Lo que preexiste, lo definí como la hipoteca de lo inconsciente. Hace de dos sujetos en causa los garantes de otra dimensión del discurso, los *partenaire* de una partida en que lo que está en juego se halla en otra escena; es en esta otra escena que el analista planteará su tablero de juego, mientras que el sujeto planteará el suyo sobre la escena que se soporta lo que se llama lo real, sin que ninguno de los dos *partenaire* ignore el doble juego que se instaura. Pero mientras el analista es supuesto saber que su victoria implica que él se acepta perdedor en el plano de la realidad, al analizado, en cambio, le resulta placentero hacerse engañador, aún cuando para ello debe reconocerse engañado. Al intentar arrastrar al analista hacia donde lo llama, al nivel de la añagaza de lo que llama su realidad, intenta un jaque mate que apunta a quien sin embargo el fantaseará siempre como el eterno ganador.

Llego de esta manera a la segunda maniobra del comienzo, la cual llamaría la instauración del placer:

"Desde que vengo a verla, siempre estoy obsesionado; continúo dudando de todo y espero que tenga usted a bien decirme el sentido de todo eso. Me tiendo, hablo, usted me escucha y me mira; es todo lo que obtengo y continúo viniendo aún cuando tengo la impresión de que ya no se qué busco aquí y me pregunto qué es lo que encuentro."

En el momento mismo en que el sujeto se pregunta sobre lo que encuentra ahí, no sabe que acaba de aportar él mismo su única respuesta válida. A la duda de su realidad se opone en la sesión la certidumbre de mi escucha; ahí está el objeto de su placer.

Dije que el análisis comienza con una demanda particular que hacía de la palabra de nuestro saber el objeto de la demanda del sujeto. Habría podido agregar que, paralelamente, su palabra se vuelve para él, objeto supuesto de la demanda que él proyecta sobre nuestro silencio. Con su palabra, el analizado intenta situarnos en el registro de la demanda; con su silencio, el analista se sitúa por fuera de lo previsto por la demanda. Su silencio es testigo de un resto, de lo que cae de todo discurso; haciéndose escucha, viene a completarlo, a aportar aquí el develamiento de una dimensión diferente [*autre*].

Toda demanda se sitúa, implica, en su estructura misma, la escucha; surge sobre un fondo de silencio. Toda palabra tiene como revés indisociable la escucha del otro [*autre*], poco importa que sea que este otro sea proyectado sobre el interlocutor real o que sea fantaseado en la ausencia. Solamente el discurso delirante, y sólo éste, surge sobre fondo sonoro. En

los demás casos, el silencio, en su función de escucha, es lo que viene a dar fe del deseo ignorado del discurso. Es soporte de lo que yo llamaría el fantasma de lenguaje, que sostiene a todo discurso para convertirlo en el llamado de lo que podría venir a responder, no a la demanda sino al deseo.

Pero esta dimensión de nuestro silencio sólo se le aparecerá al sujeto en el momento mismo en que este privado de éste, ya sea durante la irrupción de nuestra palabra, palabra esperada, sin duda, pero ya veremos cómo esta es develamiento de la falta. Mientras nuestro silencio sólo esté presente como escucha, es lo que se convierte, para el sujeto, en demanda de palabra. Decirle al analizado que debe decirlo todo implica que puede decir todo, inclusive lo que no puede ser escuchado de él. Asumimos la responsabilidad de la escucha; venimos a garantizarle la presencia de otro sentido y, ante todo, que en lo que concierne al decir, nada será objeto de rechazo. Nuestra escucha es el soporte de esta creencia que es suya, la de tener en su poder el objeto demandado por nosotros. "¿Cómo hace usted para recordar todo lo que digo?". Si no sabe cómo lo hago, de lo que sí está seguro es que mi escucha es un receptáculo sin falla. En ese sentido, somos verdaderamente llamado a la transferencia y al engaño; a la transferencia, gracias al hecho de que nuestra escucha es la que inviste toda palabra con los emblemas que constituyen su objeto analítico; se convierte así en el objeto privilegiado y único de la demanda; y engaño porque, en realidad, el analista, garante del deseo, jamás puede ser el sujeto de una demanda cualquiera, ni siquiera de lo que se llama la cura.

Objeto de pulsión, objeto de demanda, objeto de placer, esas son tres entidades que han de situarse en el mismo registro, el del objeto-añagaza que, remodelado por el fantasma, llegará a sostener el deseo proyectándose en este lugar en que el objeto sólo puede estar presente como falta. Lo que demuestra la relación analítica, gracias a esta identidad que crea entre palabra y objeto de placer, es justamente que el placer nunca puede dejarse reducir a la única dimensión de lo que sería del orden de una experiencia corporal. Toda respuesta erógena sólo es fuente de placer en la medida en que se vuelve prueba del éxito de un encuentro que tiene lugar en otra parte; es efecto del placer y no causa. Es justamente por eso que "cualquier cosa" puede llegar a ser objeto de placer, lo cual nos recuerda Freud cuando escribe que el objeto de la pulsión es aquello que no le está atribuido primitivamente; es lo que puede ser intercambiado a voluntad.

En este campo, el fetiche nos provee una prueba brillante. Ahora bien, ¿qué es el fetiche si no lo que viene a recubrir, al nivel del espejo que es el cuerpo del otro, lo que falta por nombrarse? El encuentro entre el sujeto y el fetiche se sitúa entre una demanda de identificación y el Otro en tanto proveedor de emblemas. Pero este Otro está en la mayor ambigüedad. Por una parte, investido con el fetiche, viene a dotar el pene del sujeto con ese poder de goce que se lo hace reconocer como emblema fálico; se presenta así como aquel que tiene el objeto de la demanda y del placer, pero por otra parte, sólo detenta ese poder porque así lo quiere el peticionario mismo; este último es el que, con su demanda, inviste al Otro con el poder de la respuesta, y sólo depende de él desposeerlo.

Si toda demanda nos remite, en último análisis, a la dimensión imaginaria donde se juega la identificación, es justamente porque ésta última está soportada por ese objeto-añagaza gracias al cual el sujeto intenta nombrarse frente al deseo. El placer viene a dar pruebas del buen funcionamiento del añagaza.

"El placer, me decía un perverso, es mi respuesta al placer del otro; es la prueba de mi éxito... Es a ella a quien le gusta sufrir; yo sólo hago lo que ella espera, el fuede es lo que a ella le gusta de mí";

y, en otra sesión, respecto a lo que llamaba la estafa del silencio:

"Yo sé que a usted le gustaría hacerme creer que lo que la obliga a callarse es la regla analítica; en realidad, usted necesita mis palabras; si usted me pide hablar no es por mi bien, es por el suyo; si me callara, si de repente todo el mundo se callara ¿qué haría usted? Usted no existiría ya, por no oír."

Hay una especie de paralelismo entre los dos objetos que ese sujeto interroga con esas dos fórmulas, el fuede y la palabra, los dos objetos del placer del Otro y para los cuales el placer del sujeto se vuelve signo de éxito. Con eso no quiero decir que objeto de análisis y objeto perverso sean similares sino que todo objeto de demanda, cualquiera que sea, todo objeto parcial, puesto que de eso se trata, prefigura la función del fetiche. Llega como respuesta a la primera demanda, al "¿qué quiere él?" que le plantea al sujeto la enunciación de su nombre; a este enunciado, el objeto-fetiche, o como lo dije antes, el objeto pre-fetiche, viene a responder dando un nombre al enigma del deseo de aquel que lo nombra.

Soy aquel que habla; es así como en análisis llegará a nombrarse el sujeto. La palabra, en su función de objeto, se hace emblema, soporte del juego identificatorio instalado así desde la primera sesión. Palabra y escucha, cada término se convierte para el Otro en el emblema gracias al cual se puede, o se cree, reconocerse; es por ahí que se abre la partida y que el análisis encuentra en ello su placer.

Llego de esta manera a la tercera maniobra, la instauración del fantasma de deseo. Citaré a manera de exergo la definición que da Lacan, en su texto Kant con Sade, de la función del fantasma:

"El fantasma es lo que hace al placer apto para el deseo."

Esta breve formulación resume mejor de lo que habría yo podido hacerlo, lo que representa para mí aquello que definí en mi introducción como la irreductibilidad y la perennidad del deseo y por lo tanto del fantasma.

El sujeto que viene a vernos no tiene lo que desea pero, en cambio, lo que posee es esa ilusión de conocer su objeto; enfrentado a lo imprevisto de su discurso, lo que resulta interrogado es justamente esta ilusión. Para preservarla, la transformará en la certidumbre del fantasma; ésta es la que, en el tiempo muerto entre dos placeres, viene a sostener la búsqueda y a relanzar la demanda.

No hay objeto de deseo; esta ausencia es lo que llamamos la falta, pero, en cambio, hay una mira: la de la negación de la falta. Es en la medida en que el objeto del placer, retomado y remodelado por el fantasma, se hace encarnación de esta negación, que se convierte en la añagaza del deseo. El objeto fantaseado sigue la evolución temporal e histórica de la demanda; la mira del fantasma permanece, en cambio, inmutable: hacer que todo objeto de placer sea apto para el deseo fantaseando, en el incompletamiento propio de toda insatisfacción, la certidumbre de la existencia del objeto de la búsqueda. Todo fantasma surge posteriormente al placer; es cuando la demanda se encuentra con el objeto de la respuesta, donde el placer muere por haber sido satisfecho, que el deseo llegará a hacerse

soporte de la posibilidad de una nueva demanda fantaseando la certidumbre de un último encuentro.

Esta certidumbre, ese fantasma, es el que, en análisis, llegará a sostener el placer del sujeto en el tiempo vacío que separa las sesiones así como en el tiempo muerto de su propio placer. En el momento en que se reúnen su demanda, demanda de nuestra palabra, y el objeto de la respuesta, nuestra interpretación, en ese enfrentamiento en donde culmina su placer y donde la satisfacción le revela la inadecuación propia de todo objeto de respuesta, surgirá el fantasma de la certidumbre de los reencuentros de una última palabra de una última interpretación que vendría a cerrar definitivamente el ciclo de la demanda, mito que, desde la primera sesión, fija el deseo del analizado, se hace soporte y reactivación de su discurso.

El fantasma es siempre interpretación retroactiva de una vivencia cuyo sentido para el sujeto quedó como "ese goce ignorado por él mismo" que funda el fantasma del Hombre de las ratas. De ese sentido perdido para siempre, el fantasma viene a dar, *a posteriori*, una escenificación, proyección en imágenes de un visto, de un escuchado o de un experimentado donde lo propio era ser en el origen, para el sujeto, una falta de sentido.

Esta escenificación de la falta original de una primera palabra funcionará como telón de fondo que le permite al discurso sostenerse. De esta manera el fantasma viene a enlazar un antes perdido para siempre y un después siempre hipotético; lo ya-dicho de un primer llamado tiene un aún no-dicho para el cual él se presenta como prefiguración de la respuesta. En la sesión, el sujeto hace de la palabra objeto de la demanda; este objeto mismo es el que será retomado por el fantasma. Lo que el fantasma tendrá que hacer apto, en la cura, para el deseo, es la palabra tomada como objeto. Esta palabra fantasmaticada es la nuestra, lo cual definí como mito de una última interpretación; la demanda transferencial nos muestra así, en contrapunto, la transferencia de deseo.

Paralelamente con esta instauración del placer y del fantasma de deseo que forman uno de los polos de la economía de la cura, aparecerá el displacer y la frustración que lo rige y que formarán el otro.

A menudo citar un autor es prueba de la estimación que tenemos por su trabajo, pero no siempre se le hace un favor. En efecto, a menos que se haga un estudio completo de su texto, sólo se puede ofrecer una mirada fragmentaria y por lo tanto insatisfactoria de su pensamiento. No obstante, quiero citarles un pasaje de un texto de Conrad Stein que hace parte de una conferencia que sostuvo este último, titulada *Transferencia y contratransferencia o el masoquismo en la economía de la situación analítica*¹⁵⁰. Lo que quisiera subrayar en ese texto es la definición que Stein nos da de la frustración en análisis. Según él, lo que introduce esta dimensión en la cura es la palabra del analista, quien con su irrupción viene a frustrar al sujeto de esta expansión narcisista que es lo que, para el autor, representa el telón de fondo que describí con el término de fantasma. Es en la expansión narcisista, en favor de la regresión tópica, retorno al principio del placer, en la situación analítica, donde el paciente experimenta placer. El nos indica claramente el origen de la frustración:

"En la unidad de la palabra del paciente y de la escucha del analista, toda acción que vincule representaciones de las personas tiene lugar en el seno de la única persona que ocupa no solamente el consultorio del analista sino el mundo entero y

que no podría tener ni interior ni exterior... Pero el analista que escucha podría también pronunciarse... en la realización de la expansión narcisista, esta única eventualidad constituye una falla a través de la cual se introduce un poder heterogéneo; esta falla se manifiesta en la espera, fenómeno que se opone al de la expansión narcisista y que tiene la cualidad del displacer; el displacer afecta la espera de la intervención del analista, independientemente del contenido de la acción esperada... la posibilidad de la intervención del analista es real."

Esto le permite concluir que lo que inviste al analista, para el paciente, con el poder de la frustración, sería la realidad de esta eventualidad. Si cité este fragmento, es porque, por una parte, siempre es agradable encontrar por fuera una especie de confirmación de nuestro pensamiento, por otra parte porque me parece que lo que se desprende de este texto es que la frustración se presenta allí como teniendo una relación directa con la palabra y no, como se ha dicho a menudo, con algo que sería del orden de un poner fuera de circuito del placer pulsional concebido en la sola dimensión del actuar.

A este respecto, me permito recordar aquí todo lo que se ha dicho relacionado de manera específica con el análisis del neurótico. La especificidad de la demanda psicótica, así como de la demanda perversa, exigiría instaurar una tópica diferente de relación. En la sesión, en últimas el neurótico se exime bastante bien de actuar. Él encuentra su placer a nivel del objeto de su demanda, o sea, de la palabra.

En análisis, la frustración debe entonces, como lo hace Stein, concebirse en su relación con el decir y con la escucha. En cambio, no creo que esta eventualidad de la irrupción de nuestra palabra sea el lugar de la frustración. Me parece más que lo que introduce la frustración es la irrupción en la intemporalidad de lo inconsciente, en la intemporalidad del tiempo de la sesión, de la finitud del tiempo. Para el analizado, el fin de la sesión, así como lo que éste prefigura, valga decir, el fin del análisis, depende únicamente de lo que quiera el analista. Sobre ese fondo de certidumbre en que se desarrolla su discurso, certidumbre de la escucha y certidumbre de la mirada, se esboza en el horizonte aquello que se le opone por ser incompatible con toda certidumbre, es decir, el tiempo, llamado constante a la falta, puesto que todo sujeto, en la medida en que es mortal, puede siempre revelarse ante el Otro como el faltante. La muerte, presentificada como muerte posible del analista, viene a significarle al sujeto lo que, por ser tiempo pasado, está perdido para siempre y lo que hace de todo tiempo futuro, por ser tiempo posible de la muerte, tiempo de una frustración ¡siempre pendiente! La posibilidad de la muerte del analista se traduce a menudo, en el discurso del analizado, como ese temor a la anulación de su discurso, temor contra el cual él se preserva con esa convicción, tan a menudo expresada, de la presencia de las notas que nosotros tomaríamos sobre él. De esta manera, en alguna parte, se asegura de la existencia de una inscripción, de un signo transmisible que le garantiza la perennidad de su discurso.

La frustración en análisis me parece relacionada siempre con la frustración de una palabra, y esta dimensión aparece en la sesión por vía de la temporalidad. Es porque se lo ve como un Amo del tiempo, que el analista se vuelve agente de la frustración para el sujeto.

Aunque rara vez aparezca en la primera sesión (hay un tiempo para la interpretación), no me parece posible, en la perspectiva económica elegida, no abordar el problema de nuestra palabra.

Dije que, con su silencio, el analista se hace testigo de la persistencia de un resto, de lo que cae por fuera del discurso; viene a completarlo, a introducir aquí el develamiento de una dimensión diferente. En cuanto su palabra, si se diferencia de cualquier otra, es porque da prueba de este corte entre demanda y deseo.

En lo que concierne al mecanismo cuestionado de esta manera, ciertamente no es el marco de la primera sesión el que puede dar cuenta de éste; en efecto, no puede olvidarse que hay un tiempo de la interpretación y que lo que se interpreta no es el material (en tanto material bruto, hay tanto o más desde la primera sesión) sino el efecto de sentido de su inserción en el tiempo del sujeto. Podría decirse que lo que interpretamos es la puntuación del discurso. Ahora bien, no es posible hablar de esta puntuación sin pasar por este análisis mío, es decir, el del primer encuentro, con lo que será su devenir y su evolución.

No obstante, en tanto la palabra del analista es lo que puse en el centro de este encuentro, no me parece posible no describir, así sea someramente, cuál es su rol; ya definí ese rol más arriba como el del develamiento de lo que cae "por fuera de la previsión de la demanda", es decir, el deseo.

En efecto, si la demanda del analizado es demanda de la palabra de nuestro saber, y por lo tanto de la interpretación, el deseo, por su parte, es deseo de una última interpretación, y en la medida en que no hay última interpretación salvo en el mito del analizado, paralelamente a su concepción mítica de la última sesión, la última interpretación, al no poder ser más que el reconocimiento justamente de la perennidad de lo inconsciente, toda interpretación se vuelve develamiento de un resto. Es lo que indica al sujeto lo que deberá asumir al cabo de su recorrido, es decir, su castración. Si es cierto que insertándose en la continuidad del discurso, la interpretación viene a enlazar un decir actual con un ya-dicho y un aún-no-dicho, no hay que olvidar que, paralelamente a esta función de puente entre dos demandas, viene a recordarle también al sujeto que el deseo sólo puede sostenerse gracias justamente a la incompletud inherente a toda interpretación respecto a esta "última" que es su objeto. Viene a relanzar el deseo, en oposición al *statu quo* del placer al que apunta el analizado. Más que corte del discurso, se quiere develamiento del efecto de sentido de todo corte.

Espero haber podido ilustrar así lo que son, en mi opinión, las maniobras del comienzo que podrían definirse en su conjunto como una instauración específica del discurso. Me quedaría por decir de qué manera afectarán las del final, es decir, lo que se constituye en mira de nuestra praxis. No estoy tan segura de que, como lo dijo Freud, pueda darse fácilmente su descripción esquemática.

No obstante, creo que di una palabra sobre este fin al decir que toda interpretación sólo podía culminar en el develamiento de un resto, de un irreductible del deseo y que era eso lo que el sujeto tenía que asumir al cabo de su recorrido; ese punto final es, conjuntamente, el punto teórico sobre el cual se funda toda praxis. Para cada analista, lo que vienen a revelar las maniobras del final, es el fundamento mismo de su teoría. Al cabo del recorrido, si el analizado encuentra el develamiento de lo que Lacan llamó el fantasma fundamental, el analista busca aquí por su parte esa referencia primera, ese punto de origen que vendrá a completar fantasmáticamente un saber cuya propiedad es, en mi opinión, la de tener que tropezar eternamente sobre un último no-sabido.

La mira de la praxis está indisolublemente ligada al deseo del analista, independientemente del objeto que, según su óptica teórica, haga las veces de añagaza de ese deseo. Si el

fantasma de deseo del analizado en la cura reposa sobre la certidumbre de esta última interpretación que vendría a cerrar el círculo repetitivo donde se inscribe su demanda, el fantasma del analista es, tal vez, el descubrimiento de un último saber que vendría a cerrar el círculo donde se inscribe la demanda de su deseo en tanto analista. Asumir que todo deseo, inclusive el del analista, sólo se sostiene de la falta que es su objeto, es lo que me parece la principal referencia que ofrece, para nuestra conceptualización del análisis, la teoría de Lacan.

Esta se diferencia de todo lo que concerniría a una referencia biológica, a una experiencia corporal entendida no como objeto de fantasma sino como inscripción verídica de una historia ante la cual la palabra vendría, podría decirse, por añadidura. Pero avanzar en ese tema me llevaría a desbordar el marco de esta intervención.

Lo que espero haber podido mostrar, paralelamente a la especificidad que postulo como propia del encuentro analítico, es que lo que está en el centro de nuestra investigación, lo que constituye su objeto privilegiado, es la palabra del deseo, lo que surge en el momento mismo en que se cierra el ciclo de lo biológico y de la necesidad para dejar aparecer una hiancia ante la cual todo objeto se revela en falta para colmarla. Este objeto siempre en falta es el que retoma el fantasma; a su imagen se remodela todo objeto de placer, cualquiera que sea, desde el seno al pene pasando por todo ese abanico de elección que ofrecen los objetos parciales. La realidad biológica de la existencia viene a superponerse a una cadena significativa, preexistente, donde el lugar del sujeto, así como de todo objeto, se significa con un nombre. Es al sentido de ese nombre, sentido ignorado por él, que viene a responder el Otro y no al significado de la demanda; es frente al deseo del que está investido ese nombre, doble enigmático de sí mismo, que el sujeto se descubre como faltante. Al "¿qué quiere él?", al que le resuena en eco el "¿quién soy?", el fantasma viene a responder "soy aquel que él quiere". Esta certidumbre de la existencia del objeto del deseo viene a soportar y a relanzar la ambigüedad de la demanda.

"No soy impotente, y sin embargo cuando amo lo que deseo, huyo; nada le falta a mi cuerpo y todo parece escaparle a mi deseo, es por eso que vengo a verla."

Este preámbulo tan bonito con que un sujeto formulaba su demanda de análisis, me parece poder cerrar este debate. Demuestra la singularidad del encuentro analítico; prefigura lo que será la culminación, el descubrimiento de que el deseo sólo se sostiene gracias a la falta de su objeto, de que el cuerpo al que no le falta nada es el lugar donde viene a encarnarse un yo que preexiste en tanto objeto de deseo a esta encarnación y que, ante la mortalidad de ese soporte, sólo podrá sobrevivirse con la persistencia de un nombre. Asumir el más allá del placer es hacer de un nombre el soporte simbólico de la falta. Ahí está la especificidad ya no de la demanda sino de la respuesta que viene a dar el análisis.

Jacques Lacan – No estamos obligados a conservar siempre la misma fórmula que se adoptó hoy, dado que eso era lo que teníamos, la fórmula de informes largos que dejarán poco tiempo para un debate.

No sabría no obstante, en lo que me concierne, alegrarme suficientemente porque Piera Aulagnier nos haya aportado un texto cuya riqueza, densidad, pudieron ustedes apreciar de paso, de un martilleo tal vez un tanto precipitado para quienes no están formados ya, forjados en todos esos rodeos, pero que seguramente es un texto de referencia. Por eso les

advierto... les advierto que será multicopiado y puesto a su disposición, así sea porque, una vez emitido ese texto, tendré que referirme a él en lo que sigue para, en el momento, completarlo, corregirlo, mostrar en qué puntos me parece que tal vez sus afirmaciones sólo se aplican a un campo que conviene limitar, cuyo carácter reducido conviene marcar, pero que, de todas maneras, en cada una de las afirmaciones, propuestas que avanzó hoy Piera Aulagnier, merece consideración porque, es siempre garantizado y confirmado en todo punto por la experiencia.

Volveré entonces a referirme a ese texto y justamente por esto es que este texto llega exactamente a su tiempo. Como pudieron notar, esto puede ubicarse fácilmente por ejemplo respecto a lo que Piera Aulagnier dijo sobre el silencio, que viene a prolongar exactamente lo que pude yo plantear, en uno de mis últimos cursos, en referencia a un cierto artículo. Sobre muchos otros puntos, en el plano de la técnica, anticipa ciertas cosas que puede esperarse que yo aborde. Tal vez por primera vez abre la puerta, sin que yo se lo haya sugerido de ninguna manera, abre la puerta a un asunto tan delicado, el manejo del tiempo en la sesión analítica y su carácter estándar o regulable a voluntad del analista.

Si tuviera algo que decir, tal vez discutiría el título. Esta primera sesión es una designación de un límite simbólico. Diremos que más bien son los abordajes, el marco, el umbral, ciertamente, de la práctica analítica lo que aquí se designa, donde el término de primera sesión sólo está ahí para figurarlo. En efecto, en la mayor parte de esta exposición, que concierne a lo que podría llamarse muy justamente, en fin, la apertura de la partida, hay algo que hace parte de lo que yo llamaría el estatuto pre-analítico del análisis, y asimismo, la referencia que hizo usted a ciertos términos lleva en sí misma esta referencia, ese carácter de índice pre-analítico. Sin duda se trata de la mira *nachträglich*, como decimos, aquella que podemos realizar *a posteriori* a partir de la experiencia y, se trata justamente de eso que sólo la experiencia analítica nos permite instaurar: el estatuto de lo que la precede y de aquello sobre lo que opera.

En el marco de la Escuela, la mía, tendremos, el 20 de junio de este año, es un domingo, tendremos una reunión sobre ese tema que anuncié aquí en mi curso y es a partir de ahí, por cierto, que vincularé esta comunicación sobre el tema *Introducción a la clínica psicoanalítica*. Se trata nada menos que de comenzar a ver qué estatuto puede darse a esta clínica psicoanalítica de la que se habla desde hace largo rato, a partir de las funciones de mi enseñanza. A manera de introducción aportaré, acompañando la invitación, si puedo decirlo, un breve texto donde me permitiré introducir menos ironía. Quiero decir que, para mostrar la vía, para indicar dónde estamos, en la dirección en la que me parece que podría hacerse una contribución, haré notar hasta qué punto lo que hace poco llamé las funciones [...] que, desde que mi enseñanza perdura, intento, para quienes me escuchan y que ante todo son practicantes, hacerles pasar por las venas, respecto a su objeto y a la manera como conviene que operen, hasta qué punto esas categorías no necesitan ni siquiera que se las modifique una pizca; simplemente que se las repita textualmente; a tal punto es de la deducción más inmediata que puede surgir una dirección señalada del lado de la fenomenología; hasta qué punto, a partir de esas nociones, {hay} algo, que nunca se busca al nivel del síntoma, que sin embargo constituye propiamente la originalidad del síntoma en el sentido analítico del término. Mostraré esto en pocas líneas, permitiéndome agregar ahí que, el que hasta ahora nadie lo haya hecho (digo, entre mis oyentes) sugiere, demuestra, a qué punto cierto grado de irreflexión, término que ha de considerarse, a pesar de su aspecto

negativo, como el que contiene valor positivo. Porque el sólo hecho de formularlo así prueba que no podemos acudir al respecto a la reflexión de quienes me escuchan, porque por definición esta irreflexión no puede ser alcanzada; aportar la reflexión ahí es disolverla.

¿Qué es esta irreflexión fundamental que impide que ese paso tan simple (ya verán la articulación en esas pocas líneas) no se opere? Al respecto puedo decir que, en muchos puntos, lo que nos aportó Piera Aulagnier hoy es en cierta forma el principio, el comienzo, la tendencia, y prepara literalmente lo decisivo que puedo tener para introducir, que considero que debe inaugurar una etapa en ese campo de la exploración de la clínica psicoanalítica.

Por hoy los dejaré ahí, pues igualmente, si queda algún enigma pronto sabrán a qué atenerse. Quiero simplemente preguntar, antes de que nos separemos si, sobre el tema de los puntos que evocó la señora Piera Aulagnier, sobre lo que yo llamaré la teoría de Stein, sobre la dinámica de la situación analítica precisamente respecto al narcisismo y la frustración que resulta de ahí, si tiene comentarios qué hacer al respecto, ya se trate de la manera como Piera Aulagnier lo resumió, o bien de la manera como, lo vio usted, ella criticó, ¿cierto?, modificando ligeramente su sentido, el punto, el sesgo, el impacto, el bocado de impacto donde el narcisismo sería afectado. ¿Tiene usted algunos comentarios que agregar?

Conrad Stein– No inmediatamente.

Jacques Lacan– Bueno, lo reservamos para el próximo seminario cerrado.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com